

La Última Cena de Jesús con sus discípulos





La Última Cena de Jesús con sus discípulos

Introducción

La restricción de movimientos, incertidumbre sobre el futuro, muerte de familiares, pérdida de puestos de trabajo, inseguridad. Hemos tenido tiempo para reflexionar sobre el sentido de nuestra vida, sobre qué merece la pena, qué es lo importante... hemos vuelto a lo esencial. Hemos echado de menos pasar tiempo y compartir momentos con los nuestros.

Jesús cuando se enfrenta a una gran dificultad, parece paradójico, pero decide organizar una cena con los suyos. Es muy nuestro también juntarnos con las personas que queremos alrededor de una mesa. No obstante, a esta celebración Jesús le da un significado especial.

Animador:

Venimos a acompañar a Jesús en sus últimos momentos de su vida.

Queremos conocer mejor cómo se encontraban, qué sentían... para aproximarnos un poco más a la manera en que Jesús vivió estos momentos difíciles.

Estamos contigo Jesús, en ese espacio íntimo del Cenáculo, acompañándote en este momento decisivo, allí donde quisiste quedarte con nosotros para siempre en cuerpo y sangre.

Hacemos silencio interior y nos disponemos a escuchar tu Palabra:

En el nombre del Padre, y del Hijo (+) y del Espíritu Santo.

R/. Amén.



"La Sagrada Cena". Teresa Peña



Escuchamos la Palabra de Dios. Hacemos un momento de lectura orante de la Biblia. En actitud de oración, dejamos que la Palabra nos ilumine y nos renueve. En presencia de Dios, hacemos una lectura reposada del texto.



Lectura del santo Evangelio según san Marcos *Mc 14, 18-25*

Mientras estaban a la mesa comiendo dijo Jesús: «En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar: uno que está comiendo conmigo». Ellos comenzaron a entristecerse y a preguntarle uno tras otro: «¿Seré yo?». Respondió: «Uno de los Doce, el que está mojando en la misma fuente que yo. El Hijo del hombre se va, como está escrito; pero, ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado!; ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!». **Mientras comían, tomó pan y, pronunciando la bendición, lo partió y se lo dio diciendo:**

— «Tomad, esto es mi cuerpo».

Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, se lo dio y todos bebieron. Y les dijo:

— «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos.

En verdad os digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios».

Palabra de Dios.



Comentario:

Jesús celebró la fiesta de la Pascua como anticipación de lo que acontecerá con su muerte y resurrección. Del mismo modo que el pueblo judío fue liberado de la esclavitud de Egipto, Jesús ha realizado un nuevo Éxodo desde Galilea a Jerusalén, liberando de la esclavitud de los malos espíritus, del ídolo de la riqueza, de la marginación, de las enfermedades, de la muerte. Así establece la reconciliación definitiva, la Nueva Alianza, entre Dios y las personas. Por eso celebró aquella cena en el contexto de la fiesta de Pascua, en la que recordaba la liberación de su pueblo de la esclavitud de Egipto. Jesús cambia las palabras del ritual de la cena de Pascua judía dándoles un nuevo significado. Ya no se refieren al acontecimiento del éxodo sino a la propia muerte de Jesús.

Llegada la tarde, comienza la cena pascual, que no será como era costumbre una cena de familia, sino que según el evangelista solo están presentes Jesús y los Doce. En el día de la celebración de la liberación de Egipto, en un ambiente festivo y de amistad, Jesús anuncia que va a ser traicionado. En esta cena de amigos, de quienes ha elegido para formar el Nuevo Israel, Jesús desenmascara la traición que le conduce a la muerte. Pero Jesús, consciente de todo lo que va a suceder va adelante desde su plena libertad, expresión del amor de Dios por los hombres: "Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16).

Siguiendo la narración de la Última Cena, llama la atención cómo el evangelista no hace ninguna alusión sobre el cordero, las hierbas amargas, las palabras en cada una de las copas... **solo se pone de relieve las palabras que Jesús pronuncia sobre el pan y el vino.**

Jesús pronunció la oración sobre el pan, en la que se bendecía a Dios por el maná con que alimentó a su pueblo, pero al entregárselo a sus



discípulos le da un significado nuevo: este pan, partido y entregado es su propio cuerpo. Mientras distribuye el pan les dice: **“Tomad, este es mi cuerpo”**. “Este trozo de pan soy yo. Haced esto en memoria mía: entregándome totalmente para haceros llegar la bendición del Padre. Esto alimentará vuestras vidas”.

Del mismo modo, sorprende mucho la invitación de Jesús a beber el vino, símbolo de su vida entregada hasta el fin. Con ello supera, lleva a una plenitud impensable, la Antigua Alianza con Moisés, sellada por el sacrificio de animales. Ahora es Jesús mismo el que entrega su vida por muchos: **“Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos”**. Según la tradición de la cena pascual, el que presidía pronunciaba una acción de gracias por la comida y a continuación bebía cada uno de su copa. Jesús, en cambio, invita a sus discípulos a que todos beban de la suya. El vino es su sangre, derramada por todos. “Recordadme así, entregando mi vida por todos”. De este modo, esta cena se convierte en **“memorial”** de su entrega a la muerte en la que Dios ha liberado de forma definitiva a todos los hombres y mujeres. Jesús quiere que su gesto de amor se repita: **“haced esto en memoria mía”**. La narración de la Última Cena del evangelio de san Marcos presenta, de forma muy directa y simple, lo que significa la redención, la entrega de Jesús que culminará en la Cruz.

En este gesto del pan y del vino se resume la enseñanza y la vida de Jesús. En la celebración litúrgica estos acontecimientos se actualizan a través de las palabras y gestos que hizo Jesús, que hoy celebra la Iglesia a través de las manos y los labios del sacerdote, y la acción de Espíritu Santo, Señor y dador de vida. De este modo la Última Cena se hace presente aquí y ahora cuando la Iglesia, al celebrar la Eucaristía, cumple su mandato: *haced esto en memoria mía* (Cf. *Sacrosantum concilium*, 6).

Cuando celebramos la Eucaristía, Jesús sale a nuestro encuentro, igual que cuando durante su vida terrena salía al encuentro de sus discípulos a través de sus palabras y obras, cuando hacia madurar en la fe, les anunciaba el reino de Dios y los reunió como Iglesia de Dios hasta el fin de los tiempos. Jesucristo eligió libremente los signos del anuncio de la palabra, de la acción de gracias y del compartir los dones del pan y del vino como la nueva forma de su presencia. Hoy Jesús sale a nuestro encuentro de forma escondida a través del Pan y Vino consagrados. Él está real y activamente presente en medio de los creyentes reunidos en su nombre (Cf. *Mt 18,20*).



¿Qué nos dice Dios por medio del texto en nuestra situación?

No leemos la Biblia para saber más cosas sino para acercarnos a la Palabra de Dios y dialogar con ella. En la meditación nos preguntamos: ¿Qué me dice Dios a mí a través de este texto? Cada uno individual y comunitariamente nos dejamos interpelar y examinar, pues no se trata de unas palabras pronunciadas en el pasado, sino dirigidas a nosotros hoy, encontrando en ella luz para nuestro camino de fe.

Después de leer atentamente el relato de la Última Cena en el que Jesús instituye la Eucaristía, tenemos en este texto san Juan Pablo II una actualización muy oportuna, que nos ayuda a entrar en el Misterio de la fe. Se trata de caer en la cuenta de la relación que existe entre la Eucaristía y nuestra vida en seguimiento de Jesús. Por la celebración de la Eucaristía nos unimos más a Jesús y su misión salvadora.

«¡Cuántas veces en nuestra vida hemos visto separarse a dos personas que se aman!

Y en la hora de la partida, un gesto, una fotografía, un objeto que pasa de una mano a otra para prolongar de algún modo la presencia en la ausencia. Y nada más.

El amor humano solo es capaz de estos símbolos.

En testimonio y como lección de amor, en el momento de la despedida, «viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13, 1).

Al despedirse, Jesús no deja a sus amigos un símbolo, sino la realidad de Sí mismo.

***Va junto al Padre, pero permanece entre nosotros los hombres.
No deja un simple objeto para evocar su memoria.
Bajo las especies del pan y del vino está Él, realmente presente, con su
Cuerpo y su Sangre, su alma y su divinidad».***

(San Juan Pablo II (*Fortaleza (Brasil)*) - 09.07.1980)

Los cristianos no podemos vivir sin celebrar la Eucaristía

Los evangelios presentan a Jesús que habla a los discípulos y a la gente, que le escucha, que sana, que se comunica a sí mismo. Nos presentan a Jesús que sufre y muere por muchos. Es la liturgia de los evangelios: estar en torno a Jesús en su vida y en su muerte. Después de la resurrección, gradualmente la comunidad cristiana hace memoria de las palabras y gestos de Jesús sostenida por el Espíritu Santo, y así se hace realidad la convivencia evangélica de estar junto a Cristo el Señor, al “testigo fiel”, al “primogénito de entre los muertos”, al príncipe de los reyes de la tierra”(Ap 1,5). En la Eucaristía, sale al encuentro de la comunidad reunida en su Nombre, de cada creyente. Lo que distingue el encuentro de los discípulos con Jesús histórico del encuentro de los creyentes con él, es la forma en la que Jesús se presenta.

“Es grandemente admirable que Cristo haya querido hacerse presente en su Iglesia de esta singular manera. Puesto que Cristo iba a dejar a los suyos bajo su forma visible, quiso darnos su presencia sacramental... en su presencia eucarística permanece misteriosamente en medio de nosotros como quien nos amó y entregó por nosotros, y se queda bajo los signos que expresan y comunican este amor...”

(Catecismo Iglesia Católica, 1381)



La unidad del Cuerpo místico: la Eucaristía hace la Iglesia

Los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo. Por ello mismo, Cristo los une a todos los fieles en un solo cuerpo: la Iglesia. La comunión renueva, fortifica, profundiza esta incorporación a la Iglesia realizada ya por el Bautismo. En el Bautismo fuimos llamados a no formar más que un solo cuerpo (cf 1 Co 12,13). La Eucaristía realiza esta llamada: “El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1 Co 10,16-17):

«Si vosotros mismos sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor, y recibís este sacramento vuestro. Respondéis “Amén” [es decir, “sí”, “es verdad”] a lo que recibís, con lo que, respondiendo, lo reafirmáis. Oyes decir “el Cuerpo de Cristo”, y respondes “amén”. Por lo tanto, sé tú verdadero miembro de Cristo para que tu “amén” sea también verdadero».

(San Agustín, Sermo 272)[Catecismo Iglesia Católica, 1396]

Eucaristía genera la unidad de los cristianos. Es la comunión de vida que se manifiesta en un amor a imagen de Jesús.

Este doble fruto de la Eucaristía: el primero, la unión con Cristo y, el segundo, la comunión entre los que se alimentan de Él, genera y renueva continuamente la comunidad cristiana. Es la Iglesia que hace la Eucaristía, pero es más fundamental que la Eucaristía haga a la Iglesia, y le permita ser su misión, incluso antes de cumplirla. Este es el misterio de la comunión, de la Eucaristía: recibir a Jesús para que nos transforme desde dentro y recibir a Jesús para que haga de nosotros la unidad y no la división.

(Papa Francisco. Angelus 14.6.2020)

A la luz de estos textos que tratan de iluminar el significado de la Eucaristía y su relación con nuestro camino de fe, no podemos dejar de preguntarnos:

¿Qué valor le damos a la Eucaristía?

¿Qué consecuencias tiene la Eucaristía para nuestra fe?



RELIQUIA DE LA PASIÓN



Reliquia Santo Cáliz

RELIQUIA DE LA PASIÓN



De la Última Cena de Jesús conservamos entre nosotros un signo de gran valor: el Santo Cáliz o la *copa de la bendición* que usó Jesús aquella noche. Es una taza de ágata, arte oriental del siglo I, con asas y pie de la época medieval.

La tradición nos dice que es la misma Copa que utilizó el Señor en la Última Cena para la institución de la Eucaristía. Jesús celebró la Pascua con la ***copa de la bendición***: un vaso de material precioso que se transmite de padres a hijos y que se utiliza solamente en la cena sabática y en la celebración de la Pascua. Antes del siglo I eran de piedra pulida, materiales que pueden conservarse ritual y perfectamente puros.

No es de extrañar que, siendo el cenáculo un lugar conocido y frecuentado por los apóstoles, quienes siguieron la indicación de Jesús de realizar la celebración eucarística, ***“haced esto en memoria mía”***, utilizaran la misma copa que Jesús, conservándola en los primeros años del cristianismo.

Según la tradición, fue el propio san Pedro quien traslada la sagrada copa a la ciudad de Roma. El *Cannon Romano*, que data del siglo II, expresa en la plegaria eucarística: *y tomando en sus santas y venerables manos este mismo cáliz glorioso.*

Luego los Papas sucesores a este hasta Sixto II, en que por mediación de su diácono san Lorenzo, oriundo de España, fue enviado a su tierra natal de Huesca en el siglo III para librarlo de la persecución del emperador Valeriano.

Durante la invasión musulmana fue ocultado en la región del Pirineo y, finalmente, en el monasterio de san Juan de la Peña (Huesca).

La reliquia fue entregada en el año 1399 al rey de Aragón Martín el Humano, posteriormente estuvo en el palacio real de la Aljafería de Zaragoza y en el Real de Valencia, hasta que, con motivo del viaje del rey



RELIQUIA DE LA PASIÓN

Alfonso V el Magnánimo a Nápoles, fue entregado a esta **Catedral de Valencia** en el año 1437.

Al pasarles la copa llena de vino, Jesús les dijo: ***“Este es el cáliz de mi sangre”***. Les quería decir que esta sangre derramada es su vida entregada. Su sangre confirma, desde ahora y para siempre, la alianza que Dios, su padre, hace con todas las personas para que entren en relación de vida con Él. “Haced esto en memoria mía”, añadió Jesús después de cenar. Los seguidores de Jesús, cumpliendo este mandato, nunca han dejado de celebrar la cena del Señor.



Copa Reliquia Santo Cáliz



Dialogamos con la Palabra de Dios. Es el momento de contemplar a Dios. Tenemos ideas o imágenes sobre Dios pero, a través de esta Palabra, ¿cómo es el Dios del que nos habla Jesús? Al descubrirlo, nuestra mirada se transforma. El mundo, las personas y a Dios lo vemos de una forma distinta, a medida que leemos la Palabra de Dios.

Es la hora de saborear el alcance vital de la Eucaristía. La mirada contemplativa que suscita la narración del Lavatorio de pies es una buena oportunidad, Evangelio de san Juan, capítulo 13.

Leer pausadamente, dejar volar la imaginación para recrear una escena inolvidable, reveladora del significado de la Última Cena, de quien es Jesús para nosotros. Y ahora, algunos subrayados para centrar la contemplación:

Jesús interrumpe la cena. Se quita el manto porque le impide cualquier faena y se ciñe una toalla como indumentaria propia de servicio. Después coge la palangana, echa agua y comienza a lavar y secar los pies a los discípulos, uno a uno. El evangelista narra de modo tan minucioso esta secuencia que podemos recrear en nuestra mente este momento tan singular. Podemos ver en ellos los deseos y la determinación de Jesús de llevar su amor a la plenitud.

Imagínate que estás allí presente. Estas preguntas pueden ayudarte a orientar tu contemplación cuando leemos las Escrituras.

- a. ¿Qué veo? ¿Qué oigo? ¿Qué huelo?
- b. ¿A qué me sabe? ¿Qué siento?



CONTEMPLATIO

Contemplamos cada una de las acciones de Jesús: se levanta, se despoja del manto, se ciñe la toalla, como siervo, se prepara para trabajar. Fíjate en la reacción de Pedro. Muchas veces nosotros reaccionamos del mismo modo.

Por último, pregúntate:

¿Qué quiere decirme Dios por medio de este pasaje?

¿Qué me gustaría decirle a Dios? ¿Qué me pides, Señor?

Este pasaje que hemos proclamado, ¿qué cambios introducirá en nuestra vida personal y parroquial? ¿Cómo vamos a poner en práctica las enseñanzas de Jesús?

La Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres: para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos (cf Mt 25,40):

«Has gustado la sangre del Señor y no reconoces a tu hermano. [...] Deshonras esta mesa, no juzgando digno de compartir tu alimento al que ha sido juzgado digno [...] de participar en esta mesa. Dios te ha liberado de todos los pecados y te ha invitado a ella. Y tú, aún así, no te has hecho más misericordioso».

(S. Juan Crisóstomo) (Catecismo de la Iglesia Católica, 1397)

*En aquella cena Jesús **partió y repartió el pan y el vino** como signo de su vida entregada, por ellos y por la humanidad. ¿Qué valor le damos a la Eucaristía? ¿Qué consecuencias tiene para mi fe? ¿Es la Eucaristía un encuentro con Cristo? ¿La Eucaristía me hace vivir en actitud de servicio?*

*En aquella cena Jesús se levanta de la mesa y se inclina a **lavarles los pies**. ¿Dedicamos tiempo a servir a los demás? ¿Nos cuesta despojarnos de nuestras comodidades para servir?*

*Vamos a vivir un año especial en nuestra Diócesis, un año para reflexionar sobre la Eucaristía y la Pasión por el Año del Santo Cáliz. Podemos ganar el Jubileo organizando una **Peregrinación al Santo Cáliz**, cuando sea posible. O también a través de las iniciativas que se ofrecerán en este Año Jubilar.*



Nos dirigimos a Dios. Después de la lectura del texto y la contemplación, un tiempo breve de silencio. Volver a leer personalmente el texto e invitar a una oración en línea con el pasaje proclamado. ¿Qué deseo decirle a Dios a propósito de este texto?

Conversamos con Jesús en la intimidad sobre qué nos dice este pasaje que hemos proclamado. ¿Qué siento cuando lo recibo en cada Eucaristía? Conversa con Él...

Muchas cosas podemos ofrecer y decir al Señor, pero estas palabras que el sacerdote proclama en la oración eucarística de la Misa tienen un gran valor. Es el lenguaje de la fe de la Iglesia, de cada uno de nosotros.

*En verdad es justo darte gracias,
es bueno bendecir tu nombre,
Padre santo,
Dios de misericordia y de paz.
Porque has querido que tu Hijo,
obediente hasta la muerte de cruz,
nos precediera en el camino de retorno a ti,
término de toda esperanza humana.
En la Eucaristía, testamento de su amor,
Él se hace comida y bebida espiritual,
para alimentarnos en nuestro viaje
hacia la Pascua eterna.
Con esta prenda de la resurrección futura,
en la esperanza participamos ya
de la mesa gloriosa de tu reino.*

(Del prefacio III de la Santísima Eucaristía)



"Encuentra a su madre". Teresa Peña